



El mensajero del rey

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

El rey de Navarra, Sancho VII, el fuerte, parte hacia Marruecos en donde espera casarse con la hija del emir. Durante su ausencia, su primo Alfonso VIII de Castilla conquista la ciudad-fortaleza de Vitoria. El joven Otxoa Izurra, en posesión de un misterioso manuscrito hallado en la sierra de Leire, viaja a África en compañía del obispo de Pamplona para comunicar al rey la situación de la plaza sitiada. Un sicario inglés, llamado Tom Kilpeck, persigue al joven para arrebatarse los manuscritos.

A Nur.

*Esta noticia corrió entre algunos de su gente.
Y entonces un mensajero se dirigió inmediatamente
a Marruecos al rey Sancho y díjole abiertamente:
«Señor rey de Navarra, sabrás bien ciertamente
que pierdes tu tierra y heredad totalmente,
que el rey Alfonso, que tienes por leal pariente,
ha entrado en Navarra con espada y con fuego ardiente.
Pues tal en quien fiabas, sabrás que lo consiente,
y todo tu reino, si no regresas prontamente,
sabrás que lo habrás perdido, pero muy rápidamente.
Y allá no morarás un día, como te vi hasta el presente,
pues has perdido Vitoria, y Álava igualmente,
Guipúzcoa y Amézcoa con lo perteneciente,
y Fuenterrabía, y todo lo concerniente,
y San Sebastián, donde el mar es batiente,
y villas y castillos que no tengo en la mente.
Y si dejas Navarra por la pagana gente,
Dios te escarmentará, al encolerizarle reiteradamente».
El rey, cuando lo oyó, tuvo el corazón más sangrante
que herido por un venablo o por acerado puñal profunda-
mente,
y se fue al rey moro, diciéndole resueltamente:
«Rey, por tu amistad, y por mostrarme complaciente,
y para poner a tus enemigos abatidamente,
he perdido mi tierra, teniendo el corazón doliente,
y deseo retomar enseguida, pues si no lo hago prontamen-
te,
creo que mi reino lo perderé totalmente».
El rey, cuando lo oyó, se lamentó verdaderamente
y le hizo aparejar naves ornamentalmente,
le dio piedras preciosas, oro y plata largamente
y Dios que es poderoso le dio viento favorablemente
para venir a Navarra.*

Guillermo de ANNELIERS (siglo XIII)

I

Marzo de 1199

Un soleado día de primavera, Johan de Isaba, monje del monasterio de Leire, en Navarra, encontró una mariposa muerta cuando recogía hojas de zarzamora para sus compuestos medicinales. Era un mal presagio. Contempló luego el vuelo de las aves durante largo tiempo. Las golondrinas, que por lo general sobrevolaban haciendo círculos y llenando el aire con sus trinos, parecían extraviadas y giraban asustadas en todos los sentidos. Regresó a su celda sin haber llenado su bolsa de hojas, movió el duro catre que le servía de cama y extrajo un rollo de pergaminos*^[1] del escondite que él mismo había horadado en el suelo, ocultándolo después con una losa; desató la tira de cuero que sujetaba el rollo, extendió los pergaminos sobre la mesa que le servía para elaborar sus preparados y los mantuvo extendidos bajo el peso de dos cantos de río.

Tiempo atrás, siendo todavía un monje muy joven, durante uno de sus paseos en busca de plantas, hojas y cortezas de árbol, penetró, curioso, en una de las cuevas de la sierra. Las cuevas habían sido habitadas por los primeros eremitas y ahora únicamente servían de refugio a los animales en los días fríos. No había mucho que ver allí adentro. El antro era pequeño y oscuro, repleto de telarañas y excrementos de cabras, pero algo le llamó la atención. Un pedacito de cuero asomaba tras una roca. Con un gesto instintivo se agachó para recogerlo, pero estaba aprisionado por la piedra. Johan era un hombre curioso y, aunque en el fondo pensaba que no valía la pena molestarse por

un harapo, movió finalmente la roca para liberarlo llevándose una gran sorpresa. Encontró un rollo de pergaminos envuelto en un pedazo de piel polvorienta. Su primer impulso fue entregar al abad el asombroso hallazgo para que él decidiera lo que había de hacerse, pero luego lo pensó mejor y escondió el rollo bajo su túnica.

Aquella misma noche, en la soledad de su celda y a la luz parpadeante de una vela, leyó con avidez las palabras escritas con mano temblorosa en la antigua lengua de los navarros, ilegible para cualquiera que no se hubiera criado en su tierra e incluso para los que la hablaban. Al principio le costó entender aquella escritura enrevesada cuyos trazos habían palidecido con el tiempo. La obra se titulaba *Libro de la sabiduría* y había sido escrita más de cien años atrás por un eremita de nombre Xemeno.

Fue para él un aprendizaje emocionante. Cada día esperaba ansioso el silencio de la oscuridad. Fue descifrando lentamente el manuscrito, pasando las noches en vela sin sentir cansancio alguno y llegando incluso a olvidarse de comer, de beber o de rezar. El autor también incluía en su escrito palabras latinas, griegas y árabes. Más de una vez se encontró preguntando sobre éste o aquel vocablo al monje encargado de la biblioteca del monasterio, Basilio, un hombre anciano y erudito que conocía una docena de lenguas diferentes, entre ellas el arameo, la lengua de Jesús.

A veces el temor hacía presa de Johan y juraba entregar los pergaminos al abad al día siguiente, pero el descanso despejaba su mente y renovaba su curiosidad. A medida que el escrito se le hacía familiar, iba adentrándose en un mundo desconocido y apasionante. Xemeno describía las diversas formas utilizadas por los antiguos para predecir el futuro. Recordó haber leído que los romanos no emprendían ninguna obra, construcción, ataque o conquista sin antes haber consultado los oráculos*. Cuando llegaron a tierras navarras, también solicitaron los servicios de los agoreros* vascones, famosos por sus predicciones. Tal vez, se di-

jo, él descendía de alguno de aquellos adivinadores y por eso sentía la necesidad de continuar la lectura del manuscrito a sabiendas de que estaba haciendo algo incorrecto. Aprendió a leer en las estrellas, interpretar los sueños, escuchar el sonido del viento y descifrar el enigma de las telas de araña. Aprendió, así mismo, el uso de la vara del ave llano para encontrar pozos de agua y metales enterrados y también el antiguo arte de lanzar al suelo guijarros pulidos, pintados por una de las caras, y leer en ellos la respuesta a sus preguntas.

Entre recetas y enseñanzas, aparecían a veces frases enigmáticas, difíciles de comprender, ajenas por completo a los temas tratados. Tardó algún tiempo en darse cuenta de que la respuesta la tenía en el propio título del manuscrito, *Libro de la sabiduría*. ¿Podrían ser aquellas frases incoherentes vaticinios* reales? Y en caso de serlo, ¿se habrían ya cumplido o estaban por llegar? Excitado, rebuscó entre los cientos de documentos y crónicas apilados sin orden en los anaqueles* de la biblioteca, una de las más famosas de los monasterios hispanos, alabada incluso por San Eulogio de Córdoba en su famoso viaje por los monasterios hispano-cristianos cuatro siglos atrás. Centró su interés en los últimos cien años pensando con buen criterio que, si en verdad se trataba de profecías, éstas no podían ser anteriores a la propia existencia de su autor y trató de identificar algunas de las enigmáticas frases con acontecimientos importantes de la historia del reino de Navarra durante el último siglo. La tarea de relacionar hechos y frases resultó ser un trabajo arduo. Daba la impresión de que Xemenno había escrito sus predicciones sin orden, tal y como se le habían ido ocurriendo o como le habían sido inspiradas.

En una ocasión preguntó a Basilio si había oído hablar del desconocido monje escritor, y el bibliotecario le dirigió una mirada extraña.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió éste a su vez.

—He visto su nombre repasando la historia del monasterio —mintió descaradamente—, dice que el tal Xemeno escribía libros...

—Escribió uno que fue condenado por la Iglesia.

—¿Era un hereje?

—Era un falso profeta —y como si la cara sorprendida de su interlocutor al decir esto hubiera borrado toda sospecha, continuó—: Él ya era muy viejo cuando mi antecesor llegó a Leire como novicio. Según me relató, su aspecto era el de un hombre poseído por las fuerzas del Mal. Andaba de un lado para otro augurando calamidades y diciendo cosas incoherentes. Fue condenado a pasar sus últimos años en soledad, en las cuevas de la sierra, y su libro fue destruido.

—¿Qué decía? —preguntó Johan.

Las facciones del monje se endurecieron y la sospecha brilló de nuevo en su mirada.

—Nada que pueda importar a un cristiano honrado.

El viejo bibliotecario dio por zanjada la cuestión y lo dejó con las ganas de seguir preguntando. Esta conversación reafirmó la decisión de Johan de no entregar el manuscrito al abad aunque su alma estuviera en pecado y corriese el peligro de ir derecho al infierno si moría, Dios no lo quisiese, en aquel preciso instante.

Al igual que muchas otras obras, el libro de Xemeno debía haber sido destruido. La Iglesia consideraba cosa del diablo todos los medios de adivinación y había condenado severamente las prácticas de los agoreros, magos, videntes, gitanos y de todas las gentes dedicadas al antiguo arte de leer el futuro. Pero para Johan aquellos escritos eran una joya de igual o mayor categoría que la arqueta árabe de marfil con el nombre de Alá grabada en ella, la pieza más valiosa de todas las que se guardaban en el monasterio.

Había pasado mucho tiempo desde entonces. Era viejo, muy viejo, para no saber que si los tiempos eran malos,

pronto serían peores. Los presagios, las señales enviadas, eran ya demasiados para ignorarlos. Las tierras se secaban antes de que los frutos germinaran; los animales vagaban escuálidos por los campos y sus dueños parecían sus propias sombras. Nada había vuelto a ser lo mismo desde los gloriosos tiempos en los que el rey Sancho el Mayor reinaba en la tierra de Navarra. Las crónicas hablaban de él con admiración, reseñando sus gestas y sus conquistas y aún se le recordaba después del siglo y medio transcurrido desde su muerte. El hambre, la guerra, las epidemias y la muerte, los cuatro jinetes del Apocalipsis*, habían sembrado el terror entre los humildes, cada día más pobres, mientras los poderosos eran cada vez más ricos.

Todo esto estaba escrito en el *Libro de la sabiduría*. Johan de Isaba lo veía más claro a medida que los versículos se le hacían familiares. El eremita había descrito con gran clarividencia* los hechos que habían jalonado la historia de Navarra durante los últimos ciento cincuenta años: muertes, batallas, pactos... De acuerdo con la cronología de Xemeno, la siguiente profecía correspondía al reino del rey Sancho, séptimo de su nombre, llamado El Fuerte, iniciado tan sólo seis años atrás: «El águila negra emprende el vuelo y su nido queda a merced del león».

El águila negra era el emblema que aparecía en el sello y en el escudo del rey navarro; el león era la marca de Castilla. El monje chasqueó la lengua, llenó de agua una pequeña marmita, la puso encima del hornillo utilizado para preparar los medicamentos y esperó.

El rey Sancho había heredado la corona a los cuarenta y seis años. Era alto, altísimo y también muy fuerte, de ahí su apodo. También se decía que éste le venía de sus hechos de armas en Aquitania y la Gascuña en apoyo de su cuñado Ricardo, casado con su hermana Berenguela. De todos modos, un hombre que casi doblaba en altura la media de sus súbditos no podía ser como los demás. Algunas gentes del pueblo decían que era en realidad descendiente de los

gentiles, los seres gigantes que vivían en las montañas antes de que los hombres poblaran la Tierra y de los cuales aún quedaban vestigios en muchas zonas, como en el prado de Alotza, en Aralar, en donde podía verse una peña lanzada por un gentil desde el monte Murumendi.

Johan se sonreía y no decía nada cada vez que oía a algún joven novicio hablar de aquellos seres fabulosos. Don Sancho era ciertamente un personaje extraordinario, pero era un ser humano como todos los demás adornado con mil prendas, algunas reales, otras no, por la gente sencilla. A él le preocupaba mucho más el hecho de que no hubiera un heredero legítimo a la vista. La reina doña Constanza había muerto sin haberle dado un heredero. El futuro, al igual que el cielo que acababa de cubrirse de nubes amenazadoras, no auguraba nada bueno. Si Dios decidía llevarse al rey sin dejar sucesión, la tierra de los vascones iría a parar a manos extrañas. Desaparecería al igual que había desaparecido el reino de Pamplona ciento veinte años atrás para renacer ochenta después, mutilado y expoliado, bajo el nombre de reino de Navarra.

Johan de Isaba retiró el pucherillo del fuego y vertió el agua en un cuenco en el que previamente había echado una mezcla de hojas y semillas guardadas en un tarro de barro. Se sentó en el suelo con el cuenco entre las manos y contempló ensimismado el movimiento de las hierbas mientras aspiraba el vapor impregnado de un fuerte aroma. Cerró los ojos y se concentró en la operación. Los vahos despejaban su mente de manera extraordinaria y le permitían pensar con incomparable claridad. Era algo que también había aprendido en el *Libro de la sabiduría*. En más de una ocasión, llegó a pensar que Xemenó había utilizado aquel método para redactar su escrito. La noche se volvía día; los problemas más complicados se convertían en simples rompecabezas de fácil solución; se olvidaban los asuntos triviales para centrarse únicamente en los importantes.

Aquella noche, la meditación del monje duró más de lo acostumbrado y el alba lo pilló aún enfrascado en ella. El sonido de la campana del monasterio llamando a prima, la primera oración al despuntar el día, le volvió a la realidad. Seguía sentado en la misma postura, con el cuenco entre las manos. Se levantó con dificultad, los miembros agarrotados por la larga vela.

—Ah, Johan... —se dijo a sí mismo en voz alta—, tu miserable cuerpo no aguantará ya mucho tiempo más.

Enrolló nuevamente los pergaminos y los guardó en el escondite. ¿Qué sería del *Libro de la sabiduría* si en algún momento inesperado, como siempre era el momento de la muerte, Dios lo reclamaba a su presencia? Durante todos aquellos años había estado varias veces tentado de compartir su secreto con alguno de los monjes. Había sopesado los pros y los contras y, sobre todo, había examinado minuciosamente a sus compañeros, poniendo especial atención en los más jóvenes, pero no había hallado en ninguno de ellos a la persona idónea en quien confiar. Sin embargo, el tiempo apremiaba. Antes o después tendría que buscar a alguien. No podía dejar que la valiosa obra de Xemeno cayera en las manos de cualquier cabeza loca o fuera a perderse, como tantas otras, en los anaqueles de la biblioteca, en donde acabaría roída por las ratas o convertida en polvo.

Acudió tarde a la oración. Los monjes llevaban ya rato entonando los salmos antiguos cuando él penetró en la capilla y fue a ocupar su sitio. Estaba seguro de que nadie se lo tendría en cuenta porque era viejo y porque todo el mundo sabía que perdía la noción del tiempo cuando se hallaba sumido en la elaboración de los preparados medicinales que tanta fama habían dado al hospital del monasterio, cuya farmacia apenas lograba abastecer las peticiones llegadas desde todos los rincones de Navarra.

De regreso a su celda, Johan de Isaba asió el cálamo*, lo introdujo en el tintero de piel y escribió un mensaje so-

bre un pequeño trozo de pergamino fino, lo enrolló, lo lacró y se dirigió al palomar. Tardó en encontrar la paloma que buscaba, una con una cinta roja alrededor del cuello, y ató el mensaje a su pata derecha.

—No te extravíes ni te dejes atrapar por un halcón —le dijo, acariciando sus alas antes de lanzarla al vuelo.

Estuvo observando durante un rato cómo la paloma remontaba hacia el cielo, daba varias vueltas por encima de su cabeza y se perdía en dirección a la sierra.

II

Los nubarrones que lo habían perseguido desde el inicio de la ascensión al monte acabaron por descargar antes de que Otxoa Arzaiz, apodado Izurra, rizado, por su abundante pelo rizado, hubiera alcanzado el saliente de la roca que daba paso a la entrada de la sima*. Calado hasta los huesos y con la ropa chorreando agua, el joven tuvo dificultad para proseguir su marcha y, en más de una ocasión, acabó cayéndose sobre la tierra embarrada. Finalmente, tras el último y más duro repecho, llegó a la entrada de la cueva, en donde se detuvo un momento para coger aire y recuperar las fuerzas. Al abrigo de la roca, contempló con satisfacción el recorrido que acababa de realizar. No podía ver el comienzo de la vereda, oculta por el follaje de cientos de encinas, que iba despejándose a medida que serpenteaba hacia arriba de la montaña. El último tramo estaba formado por rocas bordeadas de arbustos espinosos y brezos, cuyas pequeñas flores de color malva se habían cerrado para protegerse de la lluvia. Tampoco podía ver la aldea desde allí. Todo el valle de Oiaibar se hallaba oculto por una densa capa de niebla, de la que únicamente sobresalían las lomas más altas y los picos de los montes vecinos.

Otxoa se pasó ambas manos por la cabeza, echando hacia atrás el cabello mojado, sacó una cinta de cuero de una bolsa que llevaba colgada al hombro y se la anudó a la frente, sacudió el agua de su chaleco de piel de lobo y trató de componer su aspecto antes de penetrar en el interior de la sima. Sus ojos tardaron un rato en acostumbrarse a la penumbra del interior de la cueva. Estaba sorprendido por-

que podía ver en la casi oscuridad y moverse sin tropezar con los pedruscos que marcaban el estrecho pasadizo. El aire olía a humedad, a aceite de ballena del utilizado para alumbrar los candiles y a hierbas cocidas que él era incapaz de reconocer. En algún momento durante el corto trayecto andado desde la entrada de la sima, se arrepintió de haber aceptado la apuesta, de haberse hecho el bravucón, asegurando a todos que era capaz de ganarla sin tropiezos y regresar sano y salvo. Ahora no estaba tan seguro de que las cosas fueran tan sencillas como él se las había imaginado. De todos modos, ya era tarde para volverse atrás y continuó avanzando.

Todo el mundo en la aldea hablaba de la mujer sabia para unos, bruja para otros, que habitaba en algún lugar del monte Ostiasko. Según se decía, era capaz de lanzar sortilegios y hacer que los campos se secaran, que la lluvia se transformara en granizo y que los animales enfermaran; también curaba el mal de ojo, sanaba la lepra o lograba que una mujer estéril tuviera hijos. Pero, sobre todo, lo más importante era que la mujer era agorera, podía predecir el futuro sin equivocarse.

«¡Cuentos de viejos!», se dijo para darse ánimos, mientras tanteaba los muros del pasadizo. Él no creía en todas aquellas cosas. Es más, ni siquiera creía que viviera nadie en aquel lugar. Todo lo más algún animal que había hecho su guarida en la cueva. Este pensamiento le asustó más que la historia de la bruja e, instintivamente, se llevó la mano al cinto, palpando con alivio el cuchillo de caza colgado de él.

El camino se ensanchaba un poco más adelante para, finalmente, desembocar en un espacio que le hizo detenerse y abrir la boca, asombrado. La cueva aparecía iluminada por una gran hoguera en su centro y algunas teas encendidas, sujetas en las hendiduras de las rocas. El piso era de piedra, pulida en algunos tramos por las pisadas de incontables pies, en la que se reflejaban las llamas de la hoguera